MEMORIA DE LA II GUERRA MUNDIAL

1939 1945



CAPITULO 4

AISA

COLECCIONABLE Página/12

No hay pueblo que haya autoanalizado más su pasado reciente que Alemania. El historiador Walther L. Bernecker analiza ese fenómeno, que se complementa con el hecho indiscutible de ser Alemania el motor de la unidad europea. También para Japón la derrota en la guerra ha supuesto un cambio radical hacia la modernidad, según señala Gordon Daniels.

Hitler, 1942 (Biblioteca Nacional. París).

LA EXPERIENCIA DE LOS PERDEDORES

NO HAY OTRO PAÍS EN EUROPA QUE, COMO ALEMANIA, HAYA AUTOANALIZADO TANTO SU PASADO, FENÓMENO QUE SE HA VISTO

LA CONCIENCIA

REVITALIZADO POR EL ANÁLISIS DE LO QUE HA OCURRIDO CON LA DESAPARECIDA REPÚBLICA DEMOCRÁTICA ALEMANA. NO SE DEBE OLVIDAR

DE CULPA

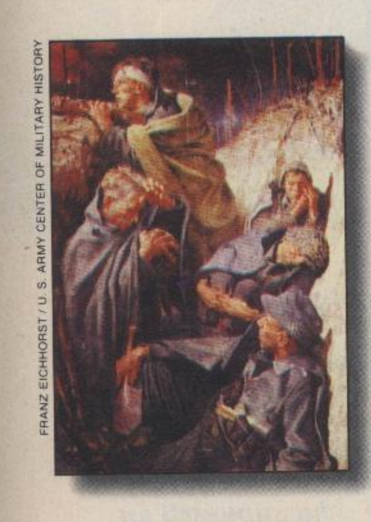
QUE EL PELIGRO PARA LA SOCIEDAD NO ES EL RECUERDO DEL PASADO, SINO SU OLVIDO

WALTHER L. BERNECKER

DAME LAURA KNIGHT / IMPERIAL WAR MUSEUM

Un antiguo presidente de la República Federal de Alemania, el socialdemócrata Gustav Heinemann, afirmó una vez que los alemanes tenían una "patria difícil". Con ello se refería también, ante todo, a los 12 años de dictadura nazi y a los problemas para las generaciones posteriores, relacionados con ese periodo de la historia alemana.

Desde hace 50 años, los alemanes siguen luchando con esta carga histórica, y quizá no haya otro país en Europa que haya autoanalizado más su pasado reciente, su conciencia colectiva y sus consecuencias para su historia. Hasta hoy, importantes decisiones políticas se toman en parte en función del pasado histórico: si Alemania actúa como motor de la unificación europea, uno de los argumentos que se esgrimen, es que el país debe demostrar que está firmemente implantado en el mundo occidental y que no tiene intención de volver a emprender una "vía diferencial"; si se debate arduamente la conveniencia de enviar aviones alemanes Tornado en el marco de la OTAN y con los auspicios de la ONU a la ex Yugoslavia, quienes se oponen a tal decisión arguyen que Alemania, por motivos ético-históricos (la ocupación de territorio yugoslavo en la II Guerra Mundial), tiene la obligación de mantenerse fuera del conflicto; y si después de la reunificación hubo una intensa polémica sobre si Berlín debería volver a ser la capital alemana, o si el Gobierno debiera seguir en Bonn, ello se debía a que Berlín simbolizaba y simboliza para muchos el centralismo prusiano-alemán, el centro de decisiones agresivas y militaristas, mientras que Bonn representa la tradición democrático-liberal.



FRANZ EICHHORST / U. S. ARMY CENTER OF MILITARY HISTORY

Un último ejemplo, altamente significativo de la importancia política y actual que tienen en Alemania las interpretaciones del pasado, es que la llamada "mentira sobre Auschwitz" *(Auschwitzlüge)* es ahora un delito. Ello significa que negar públicamente la realidad del Holocausto (Auschwitz se ha convertido en el símbolo) conlleva la sanción de un tribunal. Con esta ley se quiere luchar contra los múltiples intentos por parte de círculos de extrema derecha y antisemitas de negar los crímenes cometidos por los nazis, o por lo menos de relativizarlos mediante *acrobacias* numéricas (intentos que se pueden apreciar también en otros muchos países).

La sociedad alemana sigue estando altamente influenciada por el lastre de su historia. Todas las fechas conmemorativas, todos los actos públicos de políticos, lo demuestran a diario. También los países extranjeros concuerdan en esta apreciación. Si se analiza, por ejemplo, él resurgir de movimientos derechistas y nacionalistas en la Europa de nuestros días, las miradas críticas se concentran en Alemania, aunque en otros países haya fenómenos comparables. Pero Alemania es el país del que se teme un renacer de actitudes que podrían ser peligrosas para la paz en el mundo. Indudablemente, la explicación de esta postura crítica hacia Alemania no hay que buscarla en la historia de los últimos 50 años, sino en la fase anterior, en el periodo del Imperio de 1871 y ante todo en el Tercer Reich (1933-1945), responsable de la hecatombe que significó la II Guerra Mundial, y del Holocausto del pueblo judío.

Finalizada la II Guerra Mundial, los aliados iniciaron el proceso de desnazificación. El juicio de Núremberg fue el acto más espectacular. Desafortunadamente, una parte de la población alemana no lo interpretó como un mecanismo justo para castigar a los máximos responsables de actos criminales, sino como una mera venganza de los vencedores. Si bien en los años que siguieron a la fundación de la República Federal, en 1949, prosiguió el proceso de desnazificación, ahora bajo la responsabilidad de los tribunales alemanes, gran parte de la sociedad alemana (occidental) estaba ocupada en la reconstrucción material del país y se negaba a asumir sus responsabilidades en lo ocurrido. Poco a poco fueron surgiendo a la luz del día los crímenes cometidos contra judíos, gitanos (Sinti y Roma) y otros pueblos. La ▷

Juicio en Núremberg

El proceso de los aliados a los jerarcas nazis se funde en este cuadro con una visión de la Alemania arruinada. Soldados alemanes en el frente ruso sin ropas de abrigo (izquierda).





▷ reacción generalizada fue afirmar que no se había sabido nada de estas atrocidades, o bien que en un Estado totalitario como el nazi no se había podido hacer nada en contra sin arriesgar la propia vida. Muchos de los *pequeños* (y *grandes)* nazis siguieron en sus puestos, jueces del Tercer Reich siguieron dictando sentencias, profesores de dudosa convicción democrática siguieron impartiendo lecciones (omitiendo, siempre que podían, en sus clases de Historia la peligrosa fase del Tercer Reich, en la que muchos de ellos estaban implicados de alguna manera).

No fue hasta los años sesenta cuando el movimiento estudiantil, en su variante alemana, se rebeló también contra el conservadurismo de los Gobiernos democristianos, contra la problemática postura de la generación de los padres ("no he sabido nada de eso", "en el fondo, siempre he sido opositor al régimen nazi"), abogando porque se estudiara en profundidad el periodo del Tercer Reich (y los problemas del autoritarismo alemán que había hecho posible la dictadura nazi), y porque se esclarecieran las responsabilidades de las élites y de la sociedad civil en aquel régimen. Fue entonces cuando en los colegios empezó a analizarse ese lúgubre periodo de la historia nacional, cuando se escribieron detalladas historias locales identificando claramente a los actores, cuando (algo más tarde) la película estadounidense *Holocausto* impactó enormemente en la sociedad (ante todo en la juventud) alemana. La historia de la dictadura nazi se hizo omnipresente en la conciencia colectiva del país, y la nueva política exterior del Gobierno socialdemócrata-liberal del canciller Willy Brandt hacia Europa del Este (la nueva *ostpolitik)* recalcó la responsabilidad histórica alemana frente ante todos los europeos que fueron víctimas de la agresión nazi en la II Guerra Mundial. Por otro lado, pronto surgirían voces neoconservadoras que exigirían la finalización de este ahondar en las llagas del pasado, que junto al "¡nunca más!" de los *críticos* clamaban por un "¡basta ya!" de los *normalizadores.* Estas dos tendencias siguen vigentes hasta hoy en la sociedad alemana.

Indudablemente es en la historiografía seria donde mejor se puede apreciar desde un principio la disposición a revisar lo ocurrido en el pasado. Toda la historiografía alemana de la posguerra quedó, como era lógico, influenciada profundamente por el derrumbamiento del Tercer Reich. Los historiadores se han ocupado continuamente de la pregunta de por qué el fascismo en su versión más perversa pudo llegar al poder en Alemania y ejercer un dominio de 12 años sobre los alemanes, en buena parte (por lo menos durante algún tiempo) con la aquiescencia de éstos. Hasta hoy, en la investigación sigue prevaleciendo el teorema del *desarrollo especial* o del *camino especial* alemán, es decir, la tesis de que Alemania constituyó una tercera vía *(deutscher Sonderweg)*, diferenciada del desarrollo de los Estados democráticos de la Europa occidental.

Un segundo gran problema es la acentuada crisis de la conciencia histórica en los años cincuenta y sesenta; el comportamiento ahistórico que amplias capas de la sociedad alemana tuvieron durante esos años se debía tanto a la convicción de que la historia había perdido su significado como a la voluntad de no querer encarar el pasado reciente. La tarea para los historiadores consistía, pues, en elaborar una base para la recuperación de la conciencia histórica que no omitiera simplemente los años de la dictadura nacionalsocialista.

El último reducto

Los nazis se atrincheraron en algunos edificios de Berlín en mayo de 1945. Los soviéticos asaltaron con rapidez el Reichstag para que no se convirtiera en un hito simbólico.

La ruptura con las tradiciones idealistas de la historiografía alemana tuvo lugar a comienzos de los años sesenta, cuando Fritz Fischer publicó sus investigaciones sobre las causas de la I Guerra Mundial y los objetivos de Alemania en aquella guerra. El punto crucial del debate que se entabló entre los historiadores alemanes fue la pregunta de quién era culpable y responsable del estallido de la I Guerra Mundial. Fischer acusaba al Gobierno alemán de haber preparado metódicamente una guerra ofensiva con la intención de hacer de Alemania una potencia mundial; en su interpretación, la euforia bélica nacionalista de la I Guerra Mundial se correspondía con el posterior ascenso del nacionalsocialismo. Con sus tesis, Fischer deshizo una serie de tabúes existentes entre los historiadores alemanes, ya que, a raíz de su trabajo, la política alemana desde Bismarck aparecía como una mezcla de nacionalismo, militarismo y política exterior agresiva, es decir, como la directa prehistoria del nacionalsocialismo.

Negar públicamente en Alemania la realidad del Holocausto es un delito que supone la sanción de un tribunal

Visto en perspectiva, se puede decir que la polémica en torno a la responsabilidad alemana con respecto al estallido de la I Guerra Mundial marcó el final de la historiografía tradicional de la historia política nacional. De entonces en adelante se procedería a una revisión fundamental de las tradiciones historiográficas alemanas; las raíces del desastre de 1933 se buscarían en las peculiaridades de la tradición política alemana desde comienzos del siglo XIX, y toda la historia moderna alemana fue sometida a un análisis crítico y a reinterpretaciones fundamentales.

A finales de los años setenta empezaron a oírse voces que decían que en los últimos lustros se había insistido demasiado en la crítica de las tradiciones autoritarias y nacionalistas en la sociedad alemana. Y desde principios de los años ochenta se puede apreciar un "cambio de rumbo" en la historiografía y en la sociedad alemanas hacia posiciones más conservadoras. Esas críticas esperan de la historiografía que no ponga continuamente en tela de juicio las tradiciones alemanas, sino que haga aportaciones empíricas sobre las que fundamentar una nueva identidad nacional. Si bien la función de la historia, de toda la historia, es siempre además de *crítica* conservadora (en el sentido de que tiende a facilitar al individuo una orientación positiva en la sociedad), no se puede negar que el renacimiento del pensamiento conservador corrió parejo con el ambiente político de la República Federal de Alemania, que fue marcadamente más conservador en los años ochenta y noventa que en los setenta.

En la última década, la investigación histórica ya no ha estado dominada por la pregunta de cómo el fascismo pudo llegar al poder en Alemania; más bien, se ponía en tela de juicio que la *prehistoria* del nacionalsocialismo (en el sentido más arriba descrito) siguiera siendo el paradigma prevaleciente. Se hacía hincapié en que había "muchas continuidades" en la historia alemana, y no sólo la conducente directamente a la toma del poder por Hitler.

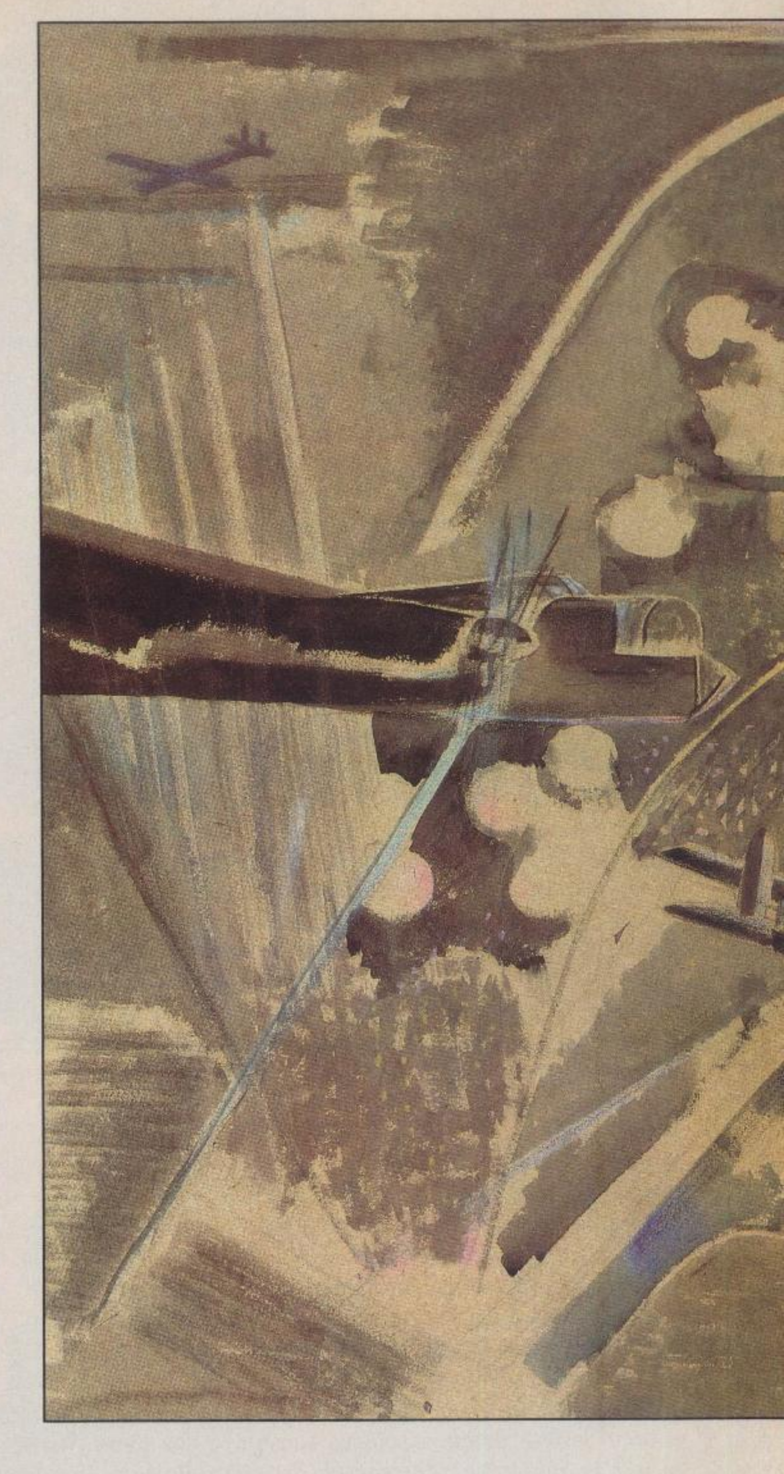
Una tendencia que ha cobrado gran importancia en la historiografía y publicística alemanas de la posguerra es la que ha venido a llamarse *historia de nuestro tiempo (Zeitgeschichte)*. La intención perseguida por la *historia de nuestro tiempo* fue, en un principio, no tanto científica cuanto moral o moralizante, ya que se trataba de enjuiciar los crímenes del Tercer Reich que poco a poco iban saliendo a la luz. El carácter moral del enjuiciamiento del nacionalsocialismo desembocó en pedagogía política: crítica moral y función política se complementaron ▷

▷ con la intención de educar al pueblo alemán hacia la democracia y fueron características en los comienzos de la *historia de nuestro tiempo.* La consecuencia científica de este interés moralizante fue que el objeto de investigación seguiría siendo, durante décadas, el Tercer Reich y el problema de la continuidad en la historia alemana. Esto significó que los historiadores se ocuparon del fracaso de la democracia, del sistema totalitario y de la reconstrucción democrática después de 1945 en la parte occidental de Alemania.

A lo largo de las décadas, las concepciones en el tratamiento del nacionalsocialismo dejan entrever un cambio significativo en el horizonte político de los investigadores. Así, en los primeros años después de 1945, se resaltó mucho más que en los lustros posteriores el carácter totalitario del nacionalsocialismo, y la tendencia a interpretaciones globales y moralizantes fue mayor que hoy. También la investigación sobre la historia de la República Federal sentía sobre sí la carga moral y política del Tercer Reich, un aspecto que la diferencia claramente de otras historias nacionales europeas. La República Federal se consideraba sucesora legal del Imperio Alemán y, por tanto, también del Tercer Reich, con todas las consecuencias histórico-políticas, psicológicas y morales, mientras que para los historiadores de la República Democrática Alemana, la *historia de nuestro tiempo* empezaba —y ello es característico— con el año 1945, reclamando exclusivamente para ellos las "tradiciones progresivas de la historia alemana". La República Democrática Alemana nunca ha asumido la parte de responsabilidad que pudiera haber tenido en el Tercer Reich, aduciendo en su descargo su "antifascismo" y la resistencia comunista contra Hitler.

La película estadounidense 'Holocausto' causó un gran impacto en Alemania, principalmente en la juventud

La discusión política y moral de la dictadura nazi sigue teniendo gran importancia en la sociedad alemana, como lo demuestra claramente la polémica entre los historiadores alemanes, comenzada a mediados de los años ochenta, sobre la singularidad de los crímenes nazis. En esta nueva polémica se han visto involucrados no sólo historiadores, sino también periodistas, políticos, politólogos, representantes de las iglesias y de muchas entidades públicas, del interior del país y del extranjero. Desde el debate lanzado en los años sesenta por las tesis de Fritz Fischer, ninguna otra polémica ha suscitado tantas emociones y agresiones como el llamado *Historikerstreit* de los años ochenta.









PAUL NASH / IMPERIAL WAR MUSEUM

¿Sobre qué versaba (y versa) esta nueva polémica? No se trataba de presentar nuevas fuentes o resultados de investigación, sino de plantear la pregunta de si los crímenes y asesinatos del Tercer Reich podían ser "relativizados", comparándolos con los crímenes de otras dictaduras "nivelando" así el periodo entre 1933 y 1945 e interpretando esos años como una fase "normal" en la historia del Estado-nación alemán.

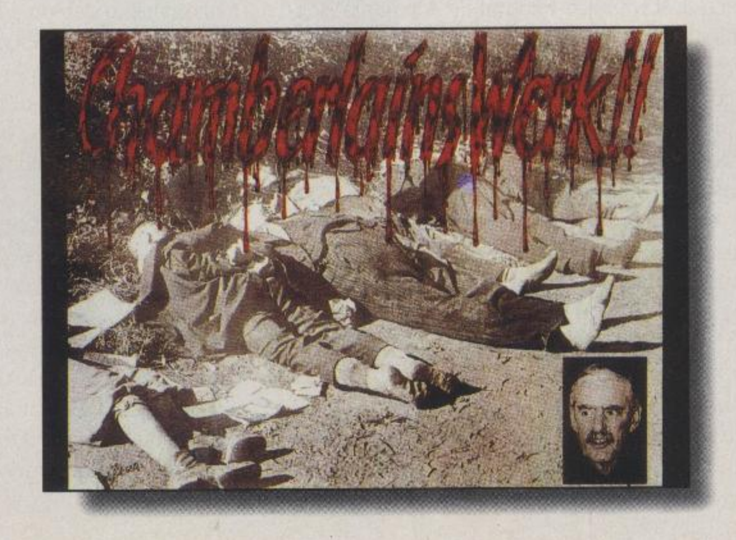
La polémica surgió al publicar el politólogo e historiador Ernst Nolte unos artículos en los que afirmaba que la política nazi de exterminio de razas (ante todo, el exterminio de los judíos, pero también de los gitanos, y de otros grupos étnicos) se inspiraba en el ejemplo de la política de exterminio de clase, practicada por los bolcheviques en la guerra civil rusa y, después, en la fase estalinista, por lo que la política nazi no era sino una reacción surgida del miedo frente a los crímenes bolcheviques y a los "actos asiáticos" de Stalin. Nolte preguntaba, si el archipiélago Gulag no fue más originario que Auschwitz, si los *asesinatos clasistas* de los bolcheviques no eran el antecedente lógico y fáctico de los *asesinatos racistas* de los nacionalsocialistas. El Holocausto debía ser visto, pues, como una contrarreacción y como resultado de un dilema psicológico, y no como expresión del *Sonderweg* alemán; "probablemente"", afirmaba, entre Auschwitz y el Gulag existía "un nexo causal". También podían tomarse como punto de comparación los asesinatos del régimen de Pol Pot en Camboya. En todo caso, los crímenes de Auschwitz podían compararse con otros crímenes, cometidos por otras dictaduras en otras épocas y otras regiones del globo. Con esa tesis, que debía servir para "historiar" la campaña de exterminio del nacionalsocialismo, empezó la relativización del régimen nazi, cuestionándose la singularidad de sus crímenes.

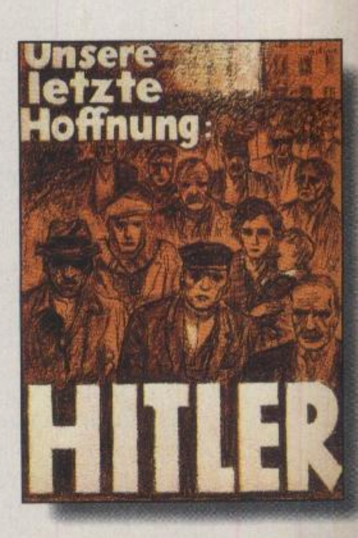
Como reacción a dichas tesis (que pronto fueron asumidas por otros historiadores conservadores alemanes), el filósofo Jürgen Habermas acusó a quienes las sostenían diciendo que querían minimizar los crímenes nazis, para así crear una nueva conciencia nacional, fundamentando de esta manera intelectualmente el "cambio" político de 1982 (del Gobierno socialdemócrata de Helmut Schmidt al democristiano de Helmut Kohl). Habermas establecía claramente la conexión entre interpretación histórica y finalidades político-ideológicas en la sociedad alemana de hoy. El filósofo hablaba de "tendencias apologéticas en la his- ▷

Bombardeo británico

El pintor Paul Nash imaginó este ataque sobre Berlín de los bombarderos Whitley, en los primeros años de la guerra, cuando los alemanes se jactaban de haber vencido ya a Inglaterra.







▷ toriografía alemana del tiempo presente", diciendo que los "historiadores gubernamentales" eran "planificadores de ideología" que querían eliminar el "pluralismo de interpretaciones históricas", para formular una identidad convencional que se volvía a basar en la conciencia nacional.

La controversia fundamental del debate fue la cuestión surgida a raíz de estos primeros artículos periodísticos, se refería a la pregunta de si el exterminio de los judíos por los nazis tuvo un carácter singular o si fue comparable a los crímenes cometidos por otras dictaduras. Lo curioso es que, al principio, todos los participantes en el debate estaban de acuerdo en la singularidad de los crímenes nazis. En la prensa y en debates televisados se insistía en que nunca antes un Estado había decidido aniquilar completamente a un determinado grupo de personas, ni ejecutado la decisión con todos los medios estatales posibles. Este hecho no se podía ni se debía relativizar con insinuaciones sobre posibles paralelismos históricos. Si se relativizaba el Tercer Reich históricamente, el Holocausto y el ataque contra la Unión Soviética quedaban sometidos a un proceso de *normalización inadecuada.*

La disputa en la República Federal sobre el Tercer Reich ha moldeado toda su conciencia político-histórica

Rápidamente, la polémica escaló llevando a enfrentamientos violentos entre los intelectuales alemanes. De una manera u otra, gran parte de la sociedad alemana se vio involucrada en la confrontación. Al mismo tiempo, se reconocía públicamente que el debate sobre el nacionalsocialismo en la historia alemana era necesario y debía ser continuado, ya que era de importancia capital para la autoconciencia histórica y política de los alemanes.

¿Qué queda de este debate político-histórico de los años 1986-1987? Son dos los aspectos que merecen ser destacados:

a) La polémica mostró la cercanía con las posiciones neonazis de las interpretaciones que explican el antibolchevismo de los nazis como una defensa europea frente a la amenaza de las "hordas asiáticas" de Oriente y que ven un nexo causal entre el archipiélago Gulag y la política de exterminio nazi. Siguiendo esa argumentación, la fuente de todos los males en todas las dictaduras del siglo XX podría encontrarse en la Unión Soviética. La relación (construida artificialmente) entre la lucha de Hitler contra los judíos y los crímenes de Stalin silenciaba, además, la corresponsabilidad de las élites alemanas en la ejecución de la guerra de exterminio nazi, motivada por la ideología racista.

b) Los críticos del "cambio neoconservador", operado desde los años ochenta en la República Federal de Alemania, sospechan que la polémica no fue sólo un debate científico, sino un intento político de fortalecer el conservadurismo como corriente política en la sociedad alemana con ayuda de una nueva concepción histórica. Los museos históricos en Bonn y en Berlín son parte de este intento. En oposición a esta corriente conservadora, las posiciones críticas insisten en la orientación de Alemania hacia Europa, en la identificación del país con los valores occidentales y con las tradiciones democráticas, en lo que se ha definido como "patriotismo constitucional" (Dolf Sternberger), como sólida base para la cultura política y la identidad alemanas.

Uno puede preguntarse por qué fueron justamente las tesis de Nolte las que desataron tal tormenta histórico-política. Ello se debe a que ningún otro tema de la reciente historia alemana está relacionado con tantas cuestiones centrales y fundamentales del pasado y tiene tantas implicaciones para el presente. Los historiadores conservadores afirmaban que la República Federal de Alemania era un "país sin historia"; y, según ellos, ganaría el futuro quien fuera capaz de llenar la memoria histórica, de acuñar los conceptos para hacerlo y de interpretar el pasado. Por tanto, en el fondo se trataba de saber qué valores fundamentarían el consenso nacional y la propia paz interna de Alemania. Según esa tendencia interpretativa, el pluralismo de valores e intereses lleva a la guerra civil, como ocurrió al final de la República de Weimar en 1933, al menos si el pluralismo no va acompañado de crecimiento económico. Y lo que crea sentido *(Sinnstiftung)* y coherencia son la nación y el Estado.

Los argumentos en este debate no fueron, en primer lugar, científicamente históricos; no iban dirigidos a historiadores, sino a un público general; eran, más bien, políticos, orientados hacia el presente y no hacia el pasado. La polémica de los historiadores fue, en realidad, un debate político con implicaciones históricas. Este tipo de disputas muestra claramente la íntima conexión existente entre interpretaciones del pasado, comprensión del presente y proyecciones hacia el futuro —una conexión que, por otra parte, impregna a la historia como disciplina científica—. En general, la disputa sobre el Tercer Reich ha sido —aunque agresiva e hiriente— necesaria, y ha contribuido a formar la conciencia político-histórica de la República Federal.

Hoy, la sociedad alemana se encuentra, otra vez, en una situación en la que debe ocuparse de un pasado de nuevo extremadamente problemático. Tras la reunificación volvió a plantearse la cuestión de cómo debía tratarse (jurídica y socialmente) a la multitud de personas involucradas en el sistema de la policía secreta (Stasi) de la ex RDA. A diferencia de muchos Estados de Europa del Este (y, por cierto, de España durante la transición) donde el pasado, pasado está y apenas se discute ya sobre las responsabilidades políticas y jurídicas de los dirigentes en los regímenes comunistas, en Alemania el debate sigue siendo uno de los más importantes en la actualidad. Casi a diario salen a la luz nuevos casos de colaboración de políticos, artistas e intelectuales con el régimen de la ex RDA, y de nuevo la sociedad alemana se enfrenta a la pregunta de cómo deben tratarse, jurídica y políticamente, estos casos. (El proceso al ex dirigente Erich Honecker fue, quizá, el más espectacular, pero fue sólo uno entre otros muchos).

Hay otro caso de paralelismo histórico. Las dos ideologías más importantes que en la posguerra conformaron la integración de la República Federal, eran el anticomunismo y el éxito económico. El anticomunismo se ha desvanecido; el éxito económico, desde hace unos años, está en entredicho. En esta coyuntura, hay un renacer funcional del nacionalismo como ideología integradora. (Durante muchos años se pudo prescindir del nacionalismo debido a la existencia de otras ideologías integradoras). El debate político en la Alemania de hoy, concretamente después de la reunificación, refleja claramente este fenómeno en todo su conjunto de problemas históricos y actuales. De nuevo, la historia ha vuelto a la realidad alemana; es un pasado presente.

Pero, a pesar de todos los riesgos, no se debe olvidar: el peligro para la sociedad no es la memoria, el recuerdo del pasado, sino su olvido. Aunque muchas fuerzas neoconservadoras quieren negar esto, la parte consciente de la sociedad alemana sabe que sólo una memoria viva del pasado atroz puede contribuir a impedir una repetición del mismo. □

Los últimos creyentes

Traspuestos ante la presencia del *führer* Hitler en el frente, este compacto puñado de oficiales veteranos nazis parece empeñado en demostrar que están dispuestos a pelear hasta el final.



LOS JAPONESES QUE RECUERDAN LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL SON AHORA UNA MINORÍA DE LA

LA ESPADA Y EL

POBLACIÓN, PERO LA GUERRA SIGUE SIENDO UNA PRESENCIA INVISIBLE Y PODEROSA EN LA CONCIENCIA NACIONAL.

CRISANTEMO

SIENTEN EL ORGULLO INSTINTIVO DE SER RICOS, PERO LES ASUSTA UN EJÉRCITO FUERTE GORDON DANIELS



El 15 de agosto de 1945, el emperador Hirohito se dirigió por radio a su pueblo. En un breve comunicado, aceptó las condiciones aliadas para el final de la guerra, pero no pidió perdón por el comportamiento de Japón. Para prevenir disensiones internas, evitó palabras como "derrota", que podría haber sugerido humillación, y afirmó que la guerra había sido un episodio necesario en la lucha histórica de Japón por la independencia y la liberación de Asia. Más dramática fue la declaración de Hirohito de que, al poner fin a una guerra nuclear, Japón había evitado la destrucción de la civilización mundial. Esta noción de la virtud japonesa persistió en los días que siguieron. Los periódicos criticaron con acritud el lanzamiento de bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki y calificaron la táctica estadounidense de brutal e inhumana.

La farisaica postura japonesa se vino abajo tras la llegada del Ejército estadounidense de ocupación. A las órdenes de su comandante en jefe MacArthur, los ocupantes impusieron minuciosas medidas para grabar en las mentes de los japoneses una nueva interpretación de la historia reciente. Se prohibieron las críticas a Estados Unidos y a los aliados y se obligó a los periódicos a publicar artículos en los que se describían las atrocidades japonesas durante la guerra. Al mismo tiempo, se ordenó a las emisoras y a los estudios de cine que presentaran a la gente la realidad de la "agresión japonesa". Entre 1946 y 1948, los juicios públicos de los líderes japoneses aportaron más pruebas de "conspiraciones agresivas" y de violaciones de la ley internacional. Los juicios estaban pensados para reformar la actitud de la opinión japonesa.

Una influencia todavía más poderosa y duradera sobre el pensamiento y los sentimientos de los japoneses fue la Constitución de 1946. Por ese documento, redactado por los norteamericanos, Japón renunciaba a la guerra como instrumento político y declaraba que jamás mantendría nunca unas fuerzas armadas. La nueva Constitución se fundamentaba en la noción de que la guerra de Japón había sido un desastroso error y que el militarismo era incompatible con la creación de una sociedad libre y próspera. Sin duda, la influencia estadounidense ayudó a reeducar la opinión de los japoneses sobre la guerra, pero su éxito se debió a la experiencia y las emociones espontáneas del pueblo japonés.

Al final de la guerra, Japón había estado indefenso frente a los bombarderos estadounidenses; 500.000 civiles habían muerto, millones de personas se habían quedado sin hogar y la comida y los suministros médicos habían escaseado. Para millones de japoneses, esas experiencias no sólo demostraban la naturaleza desastrosa de la guerra moderna, sino que minaron su fe en los valores y gobernantes de Japón. Estos sentimientos se vieron acentuados por el espectáculo de millones de soldados y colonizadores humillados que volvían a una patria devastada. Igualmente perturbadora fue la negativa de la URSS a revelar el número, paradero y situación de los japoneses que habían sido apresados cuando las tropas rusas invadieron Manchuria en el mes de agosto de 1945.

La tragedia y la inutilidad de la guerra no fueron simplemente un mensaje transmitido y aceptado por civiles y ex soldados japoneses. Pronto los escritores y directores de cine más importantes crearon obras que daban un poder casi mítico a imágenes que expresaban la tragedia de la guerra. *Fuego en la llanura*, de Shōei Oka, describía a unos soldados japoneses que tuvieron que recurrir al canibalismo al final de la campaña de Filipinas. Casi tan impactante fue *El arpa birmana*, de Michio Takeyama, centrada en la decisión de un soldado japonés que optaba por abrazar el budismo birmano antes que volver a Japón. Las adaptaciones cinematográficas de estas lacerantes obras tuvieron un poder especial en la era de la guerra fría, cuando el Reino Unido, Francia y Estados Unidos realizaron pruebas nucleares en aguas del Pacífico, al sur de Japón.

De las aulas a las armas

Estudiantes universitarios japoneses, recién graduados, se disponen a partir para el frente. El cuadro puede considerarse como un modelo del arte propagandístico.

SUZUKI MITSURU / U. S. FORCE ART COLLECTION

A veces, la estrecha amistad de los Gobiernos japoneses de la posguerra con Estados Unidos hacía también más vívido el recuerdo de los sentimientos belicista y antibelicista. Cuando el Gabinete japonés decidió condecorar al general Curtis Le May por contribuir a crear la Fuerza Aérea de Autodefensa de Japón, muchos japoneses se sintieron ultrajados. Le May había sido responsable del lanzamiento de bombas incendiarias sobre las principales ciudades de Japón y el galardón pareció un insulto a los miles de ciudadanos japoneses muertos entonces. Pronto periodistas, historiadores y ayuntamientos radicales empezaron a formar asociaciones para escribir la historia de las bombardeos durante la guerra. En 1975, Tokio había publicado cinco volúmenes de material referente a ello y en muchas ciudades, desde Hokkaido a Kyushu, políticos, académicos y personalidades diversas contribuyeron a registrar no sólo la destrucción y las bajas civiles de 1945, sino las penurias físicas, las evacuaciones en masa y la represión policial en los años de la guerra. Uno de los propósitos de la actividad era desautorizar a los políticos conservadores que todavía podían pensar que la guerra había sido una lucha digna contra el comunismo y el dominio occidental. Se quería también honrar a los cientos de miles de civiles que habían perdido la vida en la guerra, pero lo más significativo era el deseo de transmitir la amarga historia del sufrimiento de los años de guerra a las nuevas generaciones que no tuvieron una experiencia directa de los años cuarenta. En su aspecto más público, la campaña fue más allá de la edición de publicaciones y promovió la organización de exposiciones en muchas ciudades. Tales muestras presentaban tanto la historia de los bombardeos como la propia expansión militar japonesa, que tanto había contribuido al estallido de la guerra.

Para millones de japoneses, los dos bombardeos atómicos minaron su fe en los valores y gobernantes del país

El movimiento para estudiar y recordar los bombardeos formaba parte de un movimiento todavía más amplio que quería transmitir los horrores de la guerra a las futuras generaciones, y que ha tenido indudable influencia en el último cuarto de siglo. Soka Gakki, el grupo budista de la secta Nichiren, ha desempeñado un papel significativo en todo ello mediante la publicación de una extensa serie de volúmenes que contienen relatos de japoneses sobre sus experiencias en la guerra. Además, los grupos pacifistas han editado un buen número de libros para niños de todas las edades. En ellos se narra la dureza de las evacuaciones y el impacto de los ataques aéreos, tanto convencionales como nucleares. Una insólita publicación infantil da fe de la continua capacidad del discurso antiguerra para atraer a muchos lectores japoneses. Una historieta, *Gen el descalzo*, apareció en los años setenta. Era el relato, muy emotivo, de las experiencias de un niño en Hiroshima antes y después de que cayera la bomba atómica. La obra no sólo se convirtió en un éxito de ventas, sino que se llevó al cine dos veces, una en dibujos animados y otra de forma convencional.

De hecho, lo que sigue chocando en el Japón posterior a la guerra es la persistente vitalidad del mensaje antibelicista en películas, escritos y programas de radio y televisión. En 1985, *El arpa birmana* fue llevada al cine por segunda vez, en una versión en color pensada probablemente para atraer a una nueva generación de espectadores. Cuatro años más tarde, la novela *Lluvia negra*, de Masuji Ibuse, que trataba de Hiroshima, tuvo un tratamiento ▷

▷ cinematográfico especialmente impresionante. Al año siguiente, Akira Kurosawa incluyó en *Sueños* una escalofriante secuencia poética en la que un soldado de regreso a casa oye las fantasmales pisadas de sus camaradas caídos.

Naturalmente, gran parte de la conciencia japonesa de la Segunda Guerra Mundial ha estado centrada en el sufrimiento de la población en el propio territorio japonés. En cambio, la historia de las brutalidades japonesas en China ha despertado, en buena medida, sentimientos evidentes de culpabilidad. De 1937 a 1941, las fuerzas japonesas intentaron quebrar el espíritu del pueblo chino por medio de una intensa campaña de conquista, bombardeos aéreos y pillaje. En 1938, la frustración ante la resistencia china desencadenó una oleada de atrocidades contra la población civil china después de que las fuerzas japonesas capturaran la capital de los nacionalistas chinos, Nanking. Las reacciones a estos acontecimientos durante la posguerra ilustran la mezcla de razones políticas y humanitarias que han influido en la respuesta japonesa a la guerra de China. Para muchos japoneses de la generación más vieja, un sentido de deuda cultural con China y una gran simpatía por el aparente progreso alcanzado por la República Popular provocaron una profunda repugnancia por esas atrocidades. No obstante, algunos conservadores anticomunistas negaron a veces las estadísticas de civiles muertos y, en algún caso, hasta se llegó a decir que la destrucción de Nanking fue una invención de la propaganda china.

Lo que sigue chocando en Japón es la persistente vitalidad del mensaje antibelicista en cine, televisión y radio

En los últimos años, factores manifiestamente políticos y económicos han influido en la actitud de los japoneses hacia su conducta en China durante la guerra. El deseo de Japón de llegar a los mercados chinos y su temor a las consecuencias de unas malas relaciones futuras con una posible superpotencia han dado lugar a políticas especialmente favorables hacia Pekín. Ejemplo claro de ello ha sido la buena disposición de los Gobiernos japoneses a prestar ayuda a los japoneses (hoy ciudadanos chinos) que fueron abandonados siendo niños en Manchuria tras la invasión rusa de 1945. En numerosas ocasiones, las autoridades japonesas han arreglado todo para que estos ciudadanos chinos visitaran Japón en su intento de encontrar a algún pariente vivo.

Más de 30 años después de la rendición japonesa, documentos procedentes de archivos estadounidenses vinieron a recordar la brutalidad de la conducta que los japoneses siguieron durante la ocupación del noreste de China. En la fase final de la II Guerra Mundial, tropas soviéticas capturaron a miembros de la Unidad 371, un grupo del Ejército japonés que había realizado experimentos con armas bacteriológicas en prisioneros aliados. Los juicios soviéticos de sospechosos japoneses fueron acogidos con escepticismo en Occidente, pero, en los años ochenta, pruebas concluyentes de Washington indicaron que los japoneses no sólo habían realizado experimentos con seres humanos, sino que Estados Unidos había permitido que los médicos culpables quedaran en libertad a cambio de conocer sus hallazgos científicos. A raíz de tales descubrimientos, los numerosos libros que sobre la Unidad 371 se publicaron añadieron una dimensión nueva al sentimiento antibélico y de culpabilidad de los japoneses.

Más recientemente, la conciencia japonesa respecto a las víctimas de la guerra se ha ampliado hasta incluir a europeos y asiáticos no japoneses. Las agrupaciones japonesas que han estudiado el bombardeo de Hiroshima han señalado que en la explosión murieron prisioneros coreanos y europeos. De hecho, la cuestión de los flagrantes malos tratos infligidos por los japoneses a sus hermanos asiáticos ha sido un tema persistente en recientes debates públicos. Investigadores chinos han descubierto pruebas de un segundo centro de investigación de armas bacteriológicas en el sur de China, mientras que el reclutamiento forzoso por los japoneses, durante la guerra, de mujeres coreanas y de otros lugares de Asia para que sirvieran de *consoladoras*, proporcionando servicios sexuales a la tropa, se ha convertido en una cuestión central en las relaciones coreano-japonesas. Aunque un profesor japonés ha descubierto documentos que prueban la implicación oficial en el reclutamiento de *consoladoras* y la Comisión Internacional de Juristas ha pedido la concesión de compensaciones, las autoridades japonesas se han mostrado reacias a reconocer su culpa y a pagar indemnizaciones por ello.

Como ello indica, sigue habiendo cargos públicos japoneses que parecen poco dispuestos a reconocer en toda su medida la culpabilidad de Japón durante la II Guerra Mundial. Algunos burócratas del Ministerio de Educación han suavizado deliberadamente el relato de los libros de texto sobre las actividades de Japón durante la guerra, por lo que han sido criticados duramente por los historiadores y por otros Gobiernos asiáticos. Asimismo, algunos ministros conservadores han ignorado la separación formal entre Iglesia y Estado y han hecho visitas al Mausoleo sagrado de Yasukuni, erigido en honor de los caídos y del sentimiento nacional tradicional. Pese a estas visitas ministeriales, muchos japoneses siguen mostrándose críticos con cualquier intento de ligar directamente a los Gobiernos con cualquier símbolo de militarismo. El que esto sea así demuestra la persistente repulsión que despierta en millones de japoneses la idea de glorificar la II Guerra Mundial. La insignificancia de las organizaciones de ex combatientes como grupos de presión política ilustra todavía mejor el poder del sentimiento antibélico en el Japón contemporáneo.

Los japoneses que recuerdan la guerra mundial son ahora una minoría de la población, pero la guerra sigue siendo una presencia invisible y poderosa en la conciencia japonesa. Las imágenes de 1945 traen todavía a la memoria la pobreza, la pérdida de vidas y la impotencia frente a Estados Unidos. Pero la actitud hacia la guerra contiene elementos más complejos. Para la mayoría de los japoneses, el medio siglo de paz tras guerra ha traído una prosperidad y un orgullo sin precedentes. Además, la constitución pacifista ha concretado los ideales que parecen subyacer bajo este logro. En las últimas décadas, Japón se ha rearmado, en parte respondiendo a presiones estadounidenses, pero las experiencias de la guerra y la posguerra han transformado el concepto central del papel del ejército en el Estado japonés. Entre 1868 y 1945, dos objetivos, *un país rico* y *un ejército fuerte*, constituyeron los cimientos del imperio japonés. La riqueza y el poder militar se consideraban interdependientes y la tecnología militar era un símbolo claro de vitalidad nacional. En los años posteriores a la guerra ha surgido un nuevo ideal. El desarrollo de la tecnología civil se equipara ahora a prosperidad y auge de la influencia de Japón en el mundo. En los años noventa, la mayoría de los japoneses siente un orgullo instintivo por ser un *país rico*, pero se sigue viendo con escepticismo y alarma el concepto de *ejército fuerte*. La experiencia de la II Guerra Mundial ha representado una importantísima contribución a esta transformación de la actitud japonesa. Pese a las palabras del emperador en el mes de agosto de 1945, la guerra no fue un elemento de continuidad en el desarrollo japonés. Fue una discontinuidad creativa que estableció un Japón verdaderamente moderno. □

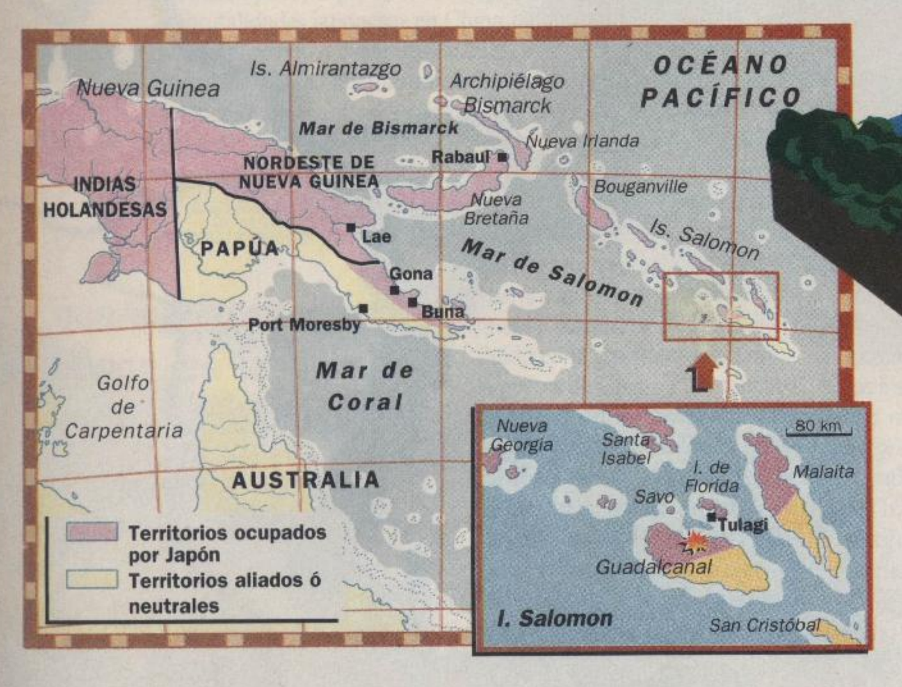
Jardín en Hiroshima
Con ese título, el artista ha pintado a una madre con sus hijos que contempla lo que queda de sus pertenencias en donde se alzaba su casa, antes de estallar la bomba atómica en la ciudad mártir.

STANDISH BACKUS, U.S. NAVY COMBAT ART COLLECTION



LA BATALLA DE GUADALCANAL

Guadalcanal es una isla alargada de unos 160 kilómetros de longitud en la que los japoneses estaban construyendo un aeródromo. Los norteamericanos tomaron Guadalcanal y Tulagi para limitar su capacidad aérea. La contraofensiva japonesa fue muy dura. La lucha duró cinco meses. Los norteamericanos consiguieron su propósito y dieron un paso más hacia la victoria.



Cronología de la guerra (1939-1945)

Europa y Mediterráneo

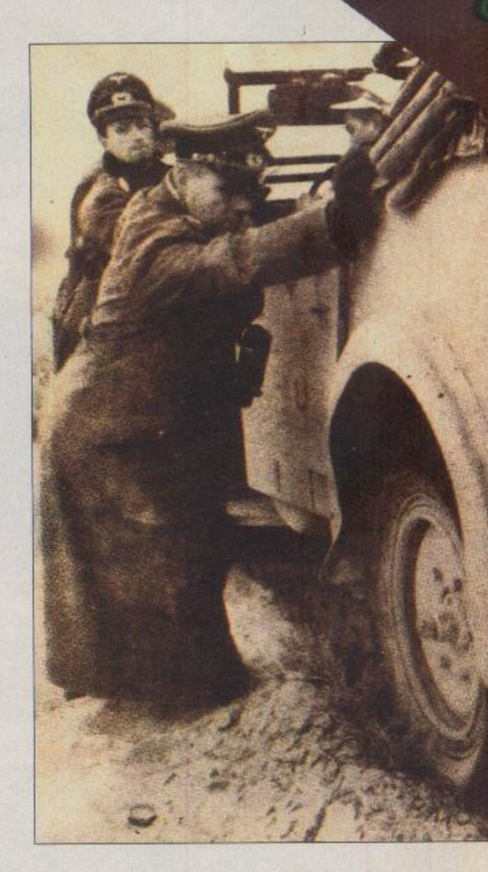
1942

21 de enero: nueva ofensiva de Rommel en el desierto libio.
30 de mayo: la aviación aliada bombardea Colonia.
21 de junio: Rommel toma Tobruk; retroceso británico hasta El Alamein.
12 de agosto: encuentro de Stalin y Churchill en Moscú.
13 de agosto: Montgomery asume el mando del VIII Ejército en África.
19 de agosto: los alemanes inician el ataque sobre Stalingrado.
30 de agosto: los ingleses detienen la ofensiva de Rommel en Alam El-Halfa.
6 de septiembre: los rusos detienen a los alemanes en Stalingrado.
Octubre-noviembre: victoria británica en El Alamein; retoman Tobruk y Benghazi.
8 de noviembre: desembarco aliado, al mando de Eisenhower, en Marruecos y Argelia (Operación "Antorcha").
11 de noviembre: los alemanes ocupan toda Francia y Túnez.
19 de noviembre: contraofensiva rusa en Stalingrado.
29 de diciembre: última reacción alemana en Stalingrado.

El Pacífico

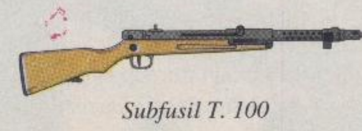
1942

2 de enero: los japoneses toman Manila y Cavite e invaden Borneo.
15 de febrero: los japonese invaden Birmania.
2 de marzo: tras su victoria en la batalla del Mar de Java, los japoneses ocupan Java y Borneo.
10 de marzo: los japoneses entran en Rangún.
4-9 de abril: incursión aérea japonesa sobre Ceilán.
29 de abril: los japoneses cortan la "ruta de Birmania", enlace entre India y China.
6-8 de mayo: batalla del Mar del Coral. La marina de Estados Unidos detiene la posible invasión japonesa de Australia.
4 de junio: batalla naval de Midway. Victoria norteamericana que invirtió el equilibrio naval en favor de EEUU.
7 de agosto: desembarco norteamericano en Guadalcanal y Tulagi (islas Salomón).
Septiembre-enero: durísimos combates por tierra, mar y aire en las islas Salomón, particularmente en la isla de Guadalcanal y en el mar adyacente.




LMG T. 96


Rifle T. 99


Subfusil T. 100


M3

Un mes decisivo: noviembre de 1942

La batalla de Guadalcanal alcanzó su momento más relevante entre los días 13 y 16 de noviembre de 1942. El día 4 se había producido la victoria británica en El Alamein; el 8, los aliados desembarcaron en Argelia y Marruecos y a finales de mes, los rusos se abrían paso en Stalingrado. La victoria estaba al alcance de los aliados.

1. El aeródromo Henderson estaba en manos de los norteamericanos, que controlaban la situación por el día, gracias a que sus barcos podían aprovisionarles.

2. Los japoneses, que disponían de un mayor número de efectivos, eran los dueños de la noche. En esas horas se movían con facilidad por el mar de las islas Salomón. Por eso los norteamericanos llamaron a esas maniobras el Exprés de Tokio.

3. Los combates nocturnos se alumbraron con miles de bengalas y faros, tanto en el mar como en la isla, lo que unido a las llamas de los objetivos alcanzados hacían que la la noche pareciera el mediodía.

4. Los enfrentamientos se desarrollaron en una estrecha franja de cultivos en la costa norte de la isla, vecina al aeródromo. El resto de la isla, de clima tropical, estaba ocupada por la selva, grandes nubes de mosquitos y los aborígenes, que contemplaban los combates entre el miedo y el asombro.

El Eje se atasca

A la izquierda, el general Rommel echa pie a tierra para empujar hacia atrás su coche, que había quedado atrapado en las arenas del desierto de Libia (1942). En la otra imagen, los *marines* desembarcan en una playa de Guadalcanal para desalojar a las tropas japonesas.



Rifle M1 calibre 30



Rifle Automático Browning (BAR)

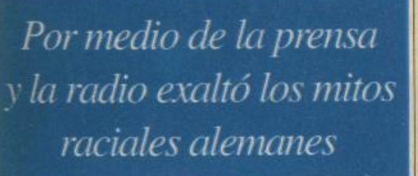
PROTAGONISTAS
DE LA II GUERRA MUNDIAL

1939
1945

La Alemania nazi será siempre la tragedia de Europa en el siglo XX. Aunque en la propia Alemania hubo alguna oposición a los nazis y hasta una conspiración militar (coordinada por el coronel Stauffenberg) para asesinar a Hitler (julio de 1944), todo ello fue excepcional y aislado. La lealtad del pueblo alemán al *führer* fue abrumadora.

En ello fue decisivo, además del terror policial, la excepcional capacidad de los nazis para hacer de la propaganda y de la cultura formas de manipulación y movilización de masas, algo que debieron, ante todo, al genio de Goebbels, un hombre de pequeña talla, cojo (a causa de una osteomielitis infantil), malevolente, cáustico, inteligente y capaz y, a su manera, íntegro. Comparativamente culto —Goebbels, hijo de obreros católicos, había estudiado en Heidelberg y se doctoró en Filosofía en 1921—, afiliado al partido nazi en 1922, se encargó de la propaganda desde 1929 e ideó a su servicio una escenografía impresionante —mítines de masas, desfiles ritualizados de marcialidad y disciplina extremas y coreografías colosalistas, *mares* de esvásticas—, que reforzaba el magnetismo personal de Hitler y sancionaba la vinculación orgánica del *führer* y su pueblo.

GOEBBELS


Por medio de la prensa y la radio exaltó los mitos raciales alemanes

Una vez en el poder, Hitler nombró a Goebbels ministro de Ilustración y Propaganda, con control sobre prensa, radio y cultura, de los que hizo instrumentos de exaltación de los mitos raciales alemanes, vehículo del antisemitismo del régimen y expresión de la ideología y estética oficiales. Goebbels hizo, por ejemplo, de los Juegos Olímpicos de Berlín de 1936 la apología de la raza aria.

Durante la guerra, Goebbels se encargó de sostener, mediante la propaganda, el esfuerzo del pueblo alemán. Tras Stalingrado, se le nombró, además, comisario para la Movilización Total. Proclamó la "guerra total" y optó por la resistencia hasta el fin. El 29 de abril de 1945, ante el avance del Ejército Rojo, Goebbels se suicidó con Hitler en el búnker de Berlín, tras matar previamente a su mujer y a sus seis hijos. "Entraremos en la historia", había dicho, "como los mayores estadistas o como sus mayores criminales". Lo hicieron como los mayores criminales.

Como primer ministro de su país desde octubre de 1941 hasta julio de 1944, el general Tojo fue la encarnación de la forma de fascismo militar en que Japón desembocó en los años treinta. Esa evolución no fue casual. La revolución de 1867 había hecho de Japón un país moderno, pero, sobre todo, una potencia militar. Nominalmente, Japón fue entre 1867 y 1932 un país constitucional. Espiritualmente, el nuevo Japón se había construido sobre un fuerte sentimiento nacionalista y sobre los valores de honor y obediencia de la ética tradicional japonesa.

El expansionismo militar fue, así, casi natural. En 1894, Japón derrotó a China en una guerra por Corea y se anexionó Formosa. En 1905 venció a Rusia en una nueva guerra y, además de reforzar su presencia en China y Corea (que se anexionó en 1910), estableció un fuerte contingente militar en Kuantung (sur de Manchuria). La I Guerra Mundial reforzó la hegemonía japonesa. En 1931, el Ejército de Kuantung, so pretexto de un atentado, completó la ocupación de Manchuria. En 1937, un incidente entre tropas chinas y japonesas en las afueras de Pekín provocó una nueva guerra entre ambos países, en la que Japón conquistó un área de casi dos millones de kilómetros cuadrados con una población de 170 millones de habitantes.

TOJO

Como militar japonés creía en el destino de su país como líder de Asia

Los militares japoneses creían en el destino de Japón como líder de Asia. Muchos de ellos suscribían las ideas ultranacionalistas del agitador Kita Ikki (1883-1937), que abogaba por la construcción de un imperio japonés militar y nacionalsocialista. La guerra con China de 1937 supuso el principio de su locura imperialista, presidida por Tojo, en pos de un nuevo orden en Asia que le llevó a invadir Indochina, Birmania, Malasia, las islas Filipinas e Indonesia.

Significativamente, Tojo había sido en 1937-1938 jefe de Estado Mayor del Ejército de Kuantung, el bastión del militarismo japonés (y antes, agregado militar en Alemania). Como primer ministro ordenó, el 7 de diciembre de 1941, el ataque sobre Pearl Harbor. Cesó en julio de 1944 tras las primeras derrotas japonesas, fue juzgado como criminal de guerra y en 1948, ahorcado en Tokio. / **J. P. FUSI**

Página/12
MEMORIA DE LA II SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Próximo capítulo: Colaboracionistas, resistentes y 'neutrales'